

que avanzaba Fernández de Lizardi en el análisis de la situación, iba enardecándose su atrevimiento y las verdades políticas saliendo de su pluma en un estilo franco y sencillo que no dejaba lugar a dudas.

Así daba principio a su gran labor pública un literato que tres años antes apenas se había dejado distinguir por algunos versos, por algunas letrillas satíricas, y tal vez por alguno que otro folleto intencionado y cáustico.

La fecundidad de este escritor es incomparable. Fué periodista, político, costumbrista, novelista, poeta lírico y dramático, No comenzó, como tantos otros, a brillar desde la primera juventud. En la madurez de la vida estaba cuando apareció en México *El Pensador Mexicano*; se acerca a los cuarenta años.

Fernández Lizardi puede llamarse, literariamente hablando, hijo de la Constitución de Cádiz. Ella lo alentó, lo estimuló, lo lanzó definitivamente. Desde que se promulgó la libertad de imprenta, él se presentó como un voluntario del pensamiento.

Juzguemos, desde luego, al periodista.

En ninguna otra de sus obras se revela Fernández Lizardi tan de cuerpo entero como en la que, precipitadamente escrita en la hoja volante, en el papel, refleja la momentánea impresión, el influ-

jo directo del medio social sobre el espíritu generoso y libre de este hombre atrevido.

Es en el periódico, en su periódico, donde resultan más relevantes sus facultades, y también mejor delineados sus defectos. Su estilo es llano hasta la chabacanería; su tendencia a la observación y a la imagen naturalistas, lo lleva a ser exacto hasta la grosería. Los diálogos, que él maneja con magistral soltura, están copiados con tanta propiedad, que el léxico usado en ellos se halla recubierto de modismos y vocablos regionales; el lenguaje del pueblo está trasladado allí con fidelidad, con verdad, pero sin arte, sin artificio alguno, sin gusto.

Es realmente digna de estudio y reflexión la manera del pensador, su *procedimiento*. Se trata, en cierto modo, de un *folk-lorista* espontáneo, que hizo de refranes, locuciones y giros populares, una literatura especial, genuina y característica, tan apropiada a las circunstancias, que ninguna otra supo encontrar el camino para llegar más pronto al alma de la muchedumbre. No fué él el iniciador, es verdad, de este modo de llevar ideas y sentimientos políticos a las últimas capas sociales, para hacer propaganda entre los que se habían salvado del analfabetismo; otros, anteriormente, emprendieron esta tarea de *copistas* verbales; pero en Fernández Lizardi se acentuó, se

definió y se perfeccionó el sistema. Mientras los literatos de gabinete, los letrados universitarios formulaban y conformaban su literatura de acuerdo con los preceptos de la retórica pulcra, fría y severa de entonces; mientras las altisonancias del lenguaje, la morbidez escultural de la cláusula, la forzada trasposición, el retorcido *hipérbaton*, la construcción latinizada, el *academismo*, en fin, el atildado *academismo pseudo-clásico*, llenaban los escritos *realistas e insurgentes*, *El Pensador* torcía el rumbo, desnudaba su estilo de la pedante ornamentación y hacía entrar, naturalmente, su pensamiento en la forma baja, en la expresión prosaica, en la ramplonería familiar y casera. Es cierto que tan lejos estaban del arte los *academistas* como el sencillo imitador del habla popular; pero éste, sin pretenderlo quizá, orientaba el movimiento literario hacia una senda nueva, más amplia y de horizonte más dilatado. En su trivialidad había una gran dosis de sinceridad, de verdad, de naturalidad. Y estos elementos habían de incorporarse después a nuestra literatura y de sanarla un poco del terrible mal del énfasis.

El Pensador, por lo general, no abandonó su habitual llaneza. Escribió para el pueblo y en él entró, como nadie lo había logrado.

A veces, sin embargo, la profundidad de su

sentimiento, la claridad de su pensamiento, son poderosos impulsos, y bastan por sí mismo, sin necesidad de ajeno esfuerzo, a remontar su estilo, a elevar su palabra a las alturas aquilinas de la elocuencia.

Pero nunca, ni cuando rastrea con apariencias de puerilidad, ni cuando vuela con fascinaciones de inspiración, lo abandona su maravilloso *buen sentido*: es él su segura y constante brújula para encontrar el norte de su pensamiento; es su encantado talismán en cualquier misterioso laberinto. Sus ideas avanzan, sus pasiones se expanden, sus palabras se adornan, sus ataques se envenenan, sus alabanzas se hinchan hasta donde lo permite el *buen sentido*.

En medio de aquella sociedad que reventaba en fermentaciones de rencor y de odio, cuando la costra social estallaba para dar salida a gases de libertad largo tiempo comprimidos; cuando la exaltación tomaba proporciones de frenesí, y las pasiones estaban ciegas y locas, y una gran nube de sangre palpitaba en la atmósfera, Fernández de Lizardi combatió en favor de la *Independencia* con una serenidad extraordinaria. Era un equilibrado, un ponderado. Por eso calculaba y veía mejor que otros, y por eso también su pensamiento, que era la verdad misma, penetraba más hondo en las conciencias.

El Pensador no usó, o usó muy pocas veces, del insulto violento. A su servicio estuvo siempre arma más sutil y penetrante: la *ironía*.

Y es asimismo de llamar la atención que, en tanto que el doctor Cos, y el licenciado Quintana Roo, y el doctor Maldonado, y Bringas Encinas, y Beristain, y Fernández de San Salvador, se enardecen con los hervores que engendra su pluma turbulenta, Fernández Lizardi conserva su juicio sereno y escribe artículos sensatos y razonados en frío.

A cuanto pudo alcanzar su delicadeza, fué el autor del *Periquillo* un fino *ironista*. Hubo momentos en que todos alrededor suyo blasfemaban y gritaban, y él sonreía. Mas aquella sonrisa, en su cara roja y cenicienta de *mestizo* lampiño, inquietaba más a los *gachupines* que las noticias de los alborotos insurgentes. Aquella sonrisa, grave y fatídica, era la señal de la reivindicación, era la libertad, era la justicia.

Ningún escritor hizo tantos adeptos ni convenció a tantos rehacios como éste, con su tranquilo pensar y su don prodigioso para esgrimir el ridículo y la burla.

Cohibido cada vez más por la censura; encerrado en el círculo de la prohibición, que se reducía minuto a minuto en torno de sus ideas, *El Pensador* se veía obligado a sortear peligros y a

burlar vigilancias, valiéndose de subterfugios de ingenio, de personajes simbólicos, de fábulas emblemáticas y obscuras, o de triviales y maliciosos paliques. A través de ellos, dejaba transparentar sus opiniones, todas encaminadas a sugerir la emancipación.

Ahí están, característicos de este modo de escribir, sus artículos. Ahí está la *Proclama de El Pensador a los habitantes de México en obsequio del excelentísimo señor don Félix María Calleja del Rey*, en la que con el ropaje coruscante de un panegírico, lanza Fernández Lizardi al feroz general realista la sátira más terrible y sangrienta. Ahí está la famosa *Visita a la condesa de la Unión*, donoso cuento que no es otra cosa que una revista política. Ahí está la *Carta al excelentísimo señor don Francisco Javier Venegas*, sarcástica invectiva envuelta en dulzura y suavidad.

En sus ratos de holgura y de alegría, era un censor municipal que se burlaba de las descabelladas disposiciones, de los inútiles bandos y reglamentos del Concejo. Gustaba este escritor, no sólo de lucubrar en las regiones del ideal, sino de descender también a la tierra para ejecutar obras útiles y prácticas. Sus *modos de ver* no son, en este género, otra cosa que una aplicación de su buen sentido. Él hizo considerar la escuela como meta suprema de regeneración, sin la cual

la libertad resultaría infecunda. En cuanto produjo este laborioso se sorprende su vocación de moralista; en nada tanto como en sus prédicas sobre la instrucción pública. Era un maniático de la educación.

Son sus escritos sobre esta materia sermones cívicos de 1814. Hoy nos parecen comunes y corrientes; en aquel tiempo eran raros y comprometedores.

El Pensador era un creyente, un cristiano, un católico observante y sumiso. Ni otra cosa era posible en México al principiar el siglo XIX. El ambiente levítico que se respiraba allí entonces, lo respiró Fernández Lizardi a plenos pulmones. En su testamento está su confesión. Allí se ve que lo único que detestaba este hombre de sano criterio, era el absurdo religioso. Sin embargo, en sus declaraciones, muestra a las claras que no era, ni con mucho, un teólogo, y que, por lo tanto, ignoraba la interpretación verdadera de los dogmas.

«Digo yo, el capitán Joaquín Fernández de Lizardi, escritor constante y desgraciado, conocido por *El Pensador Mexicano*, que, hallándome gravemente enfermo de la enfermedad que estaba en el orden natural me acometiera, pero en mi entere juicio, para que la muerte no me coja desprevenido, he resuelto hacer mi testamento en la

forma siguiente: —«Declaro ser cristiano católico, apostólico y romano, y como tal, creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia, en cuya fe y creencia protesto que quiero vivir y morir; pero esta protesta de fe se debe entender acerca de los dogmas católicos de fe que la Iglesia nos manda creer con necesidad de medio. Esto sí creo y confieso de buena gana, y jamás, ni por palabra ni por escrito, he negado una tilde de ello.

»Mas acerca de aquellas cosas cuya creencia es piadosa o supersticiosa, no doy mi asenso ni en *artículo mortis*.»

El Pensador novelista, es poco distinto del *Pensador* periodista. Ni en la forma pierde su estilo grueso y seco, pero preciso y claro, ni en el fondo deja su marcada, su honda tendencia ética. Ya en 1814 había comenzado a ensayar su péñola en el cuento y la narración, mientras dió á la estampa su miscelánea periódica *Alacena de Frioleras*.

Se adivina también en las novelas de Fernández Lizardi, la precipitación, el ahinco, el aceleramiento con que fueron escritas. Es un autor superabundante, que tiene siempre á su disposi-

ción, no un tesoro de ideas nuevas y brillantes, sino una serie de ordenados conceptos de sociología y de moral, ejemplificados constantemente con casos de la vida práctica. Sus teorías estaban basadas en lecturas de los pensadores franceses de la segunda mitad del siglo XVIII, aplicadas a las condiciones peculiares del país y de su época. Y se valió de la novela como de un género a propósito, por su apariencia de entretenimiento y frivolidad, para la propagación eficaz de sus ideas políticas y de regeneración social.

Cuatro obras del susodicho género escribió Fernández Lizardi: *El Periquillo Sarmiento*, *La Quijotita*, *Noches tristes* y *Día alegre*, *Don Catrín de la Fachenda*. Este último es trabajo póstumo (apareció en 1832), y quizá pudiera caber duda acerca de su perfecta autenticidad. No existen precisas comprobaciones que demuestren ahora con toda claridad el verdadero origen de *Don Catrín de la Fachenda*; y sólo nos quedan dos datos muy dignos de tomarse en consideración, además de la semejanza literaria; la honorabilidad del impresor D. Alejandro Valdés, en cuya oficina se hizo la primera edición del *Periquillo* y el hecho de no haberse levantado protesta alguna de los contemporáneos del *Pensador*, a la aparición de su referida obra póstuma.

El *Periquillo Sarmiento* es un cuadro comple-

to de la existencia colonial, de la que nos quedan todavía vestigios característicos. Es la historia de un mexicano de entonces... ¡ay! y de muchos de ahora: es una sátira flagelante de las costumbres de antaño, de las cuales algunas son de hogaño porque han persistido y flotado por encima de la ola civilizadora.

Cada episodio tiene, por lo común, su lección moral, largo discurso persuasivo a manera de moraleja.

Críticos entusiastas derivan esta novela de las picarescas españolas. Es verdad.

El héroe de la novela mexicana, de la primera, tal vez de la única novela mexicana que está llena de capitoso sabor local, es un truhán de la familia de *Lazarillo* y de *Guzmán de Alfarache*. Es un *mestizo*; pero en él se reconocen los ímpetus de la sangre española. Es audaz, pendenciero, jugador, amigo de la holganza y del vicio; y, no obstante, un fondo de generosidad y nobleza lo hace simpático. Indudablemente que Fernández de Lizardi había leído las novelas picarescas; y asimismo, aquel genial resumen galo de ellas: el *Gil Blas*. Usa de los procedimientos narrativos de estas obras, a las cuales se asemeja por la copia brutal pero vigorosa y franca de la vida; sin engaños, sin ambages, sin tapujos ni hipocresías. Y también posee de ellas cierta marcada

complacencia en describir y contar escenas del más crudo naturalismo.

El *Pensador*, en ninguna página de *El Periquillo*, llega a ser in noral; en bastantes, sin embargo, es sucio hasta el asco. Nótese, a pesar de ello, su afán por presentar horrible y repugnante el vicio. Es la suya una prédica *escatológica*. Esto es lo que les da peculiaridad a los episodios, que, por otra parte, tienen mucho color, mucha viveza, y están estudiados con muy rara penetración. Toda la voluminosa novela, repito, no es más que un pretexto para que el moralizador predique, y señale y analice el sociólogo.

La sátira de las costumbres es tremenda. Los errores de educación, los vicios sociales, los abusos de autoridad, los rancios privilegios, las torpes reglamentaciones, las falsas ideas sobre los hombres y las cosas, los viejos modos de ver y de vivir, están espontánea y admirablemente expuestos y ridiculizados.

En la ficción, las aventuras se suceden, aisladas unas de otras, por largos intervalos de digresiones morales exornadas de citas de historia clásica, y alguna vez de versos y sentencias latinas. Era el gusto de la época.

El rasgo persistente del carácter del novelista se revela en su anhelo por interpolar en el curso reglas de conducta y prescripciones higiénicas.

El Periquillo es un tipo; es más, es una galería de tipos chuscos, malignos, ridículos, perversos, bondadosos: Juan Largo, el doctor Purgante, el escribano Chanfaína, Luisa, el Chino; toda una teoría de personajes auténticos, moviéndose en primer término y teniendo por fondo los coros más abigarrados y típicos: tumultos de *léperos*; rondas de *serenos*; cuadrillas de ladrones; procesiones de indios; el desfile, en fin, de una muchedumbre popular que cruza por la linterna mágica de un risueño é intencionado evocador.

La ciudad de México está reproducida con una fidelidad de grabado antiguo. El México viejo resucita lleno de frescura y lozanía, animado por el poder maravilloso de una pluma fácil y amena.

No es minucioso Fernández de Lizardi para sus descripciones; es, por el contrario, sobrio, breve, simple. No son los suyos lienzos acabados, sino bocetos ligeros. Pero posee la facultad de los escenógrafos: dar efectos enérgicos y exactos con pinceladas de *brocha gorda*.

Todos los críticos están conformes en que *El Pensador* era un revolucionario. Eso fué siempre en esta obra, más tal vez que en ninguna otra de sus fábulas. Era un demoledor.

No lo es menos en *La Quijotita*, que resulta otro inacabable sermón moralizador, otra sátira

de costumbres, otra acción desarrollada con lentitud e interrumpida por digresiones y comentarios sobre educación, higiene, religión y urbanidad.

La novela pretende comprobar, en su desarrollo, cómo no sólo las malas inclinaciones, sino también los malos hábitos, destruyen toda felicidad y acarrearán toda desgracia.

Con el mismo propósito que *El Periquillo* y *La Quijotita*, fué escrita la narración, de gusto netamente mexicano, llamada *Don Catrín de la Fachenda*. Trátase de la vida de un pícaro de los tiempos coloniales, y, en particular, se trata de pintar, con idéntico pincel epigramático y moralista, ese tipo de Nueva España: el *Catrín*. Los episodios novelescos de esta obra no carecen, como es de rigor en los procedimientos de Fernández de Lizardi, de su moraleja correspondiente.

Pudiera yo casi afirmar que, salvo el origen, que es bastante turbio en este héroe, *Don Catrín* no es otro que el mismísimo Pedro Sarmiento en una nueva serie de aventuras, no muy distintas, por cierto, de las anotadas ya en la pormenorizada crónica de su vida. La impresión, por lo menos, que produce *Don Catrín*, es la misma que produce *El Periquillo*: el estilo corriente y fácil; la observación burda, pero exacta; la sátira tosca,

pero espontánea, y, bajo de todo, una severa predicación contra los malos hábitos, las perversas costumbres y los errores rutinarios.

En *Las noches tristes y el día alegre*, es ya otro el aspecto literario. En estos diálogos, *El Pensador* imita, acercándose mucho al modelo, las famosas *Noches lúgubres*, de D. José Cadalso. El poeta español, cuya existencia agitada y apasionada terminó de manera tan heroica y trágica, escribió las *Noches lúgubres*, imitando, a su vez, como se sabe, a un poeta inglés: a Young. Sin embargo, en su libro patético y macabro, Cadalso puso todo el horror, toda la locura, todo el ciego arrebató de un amor bruscamente interrumpido por la muerte. Y esa especie de *necrofilia* espiritual cometida en el cadáver de la actriz doña María Ignacia Ibáñez, da acentos de verdad y sinceridad a las *Noches lúgubres*.

Algunos soplos de ese aliento pavoroso pasaron por las páginas de la imitación mexicana. Y queriéndose adaptar Fernández de Lizardi al estilo solemne y elegíaco del autor gaditano, cuajó sus *Noches tristes* de exclamaciones, de interjecciones y deprecaciones, que, a través de los años, nos suenan ahora a vacío, a falso y artificioso. Aquí fué donde *El Pensador* pagó su natural tributo a la moda. No obstante, hay también en este trabajo de nuestro novelista, como en el del español,

un deseo de reproducir la verdad exaltándola y deformándola.

El escritor mexicano recuerda en sus *Noches* las angustias y los sufrimientos que lo conturbaron durante las persecuciones de que fué víctima en plena lucha por la Independencia. En este sentido son interesantes los diálogos, ya no como literatura únicamente, sino también como psicología. En las hojas de este trabajo de *El Pensador*, se confiesa un alma.

Las piezas teatrales de Fernández de Lizardi que han podido llegar hasta nosotros, son: la segunda parte del melodrama *El negro sensible* (1825), cuya primera parte, de autor ignorado hoy, se representaba ya en 1805; el *Auto Mariano*, para recordar la milagrosa aparición de nuestra Madre y Señora de Guadalupe, y una *Pastorela* en dos actos, de la cual se han hecho en México muchas ediciones.

El erudito mexicano don Luis González Obregón, cita también, en la biografía de *El Pensador*, *El unipersonal de don Agustín de Iturbide*, que, según el juicio del escritor nombrado, es un monólogo en verso endecasílabo, en el que hace

serias reflexiones acerca de sus errores políticos el efímero Primer Emperador.

Me detengo. Es preciso concluir en un breve espacio. A ser posible, hubiera querido contar a ustedes la historia de un *Rocamboles* de aquellos tiempos y de aquellas tierras: Fray Servando Teresa de Mier, otro representativo, otro revolucionario, otro escritor típico. Hubiera querido hablar un poco de José Miguel Guridi y Alcocer, que, aunque con menos relieve que *El Pensador* y que Mier, no deja de ser interesante. Hubiera querido también analizar rápidamente la obra exquisita de los hermanos Lardizábal y la silueta de un narrador lleno de variedad: don Carlos María de Bustamante.

Mas para terminar, no puedo hacer otra cosa que esbozar los fenómenos característicos. He los aquí: la poesía desmedrada y pulida de los *meendistas* y *moratinianos*, calló, como pájaro asustado, a los primeros truenos de la tempestad revolucionaria. Muchas endechas de almíbar se deshicieron en las primeras gotas de sangre insurgente. No aletearon con la viveza de antes ni esponjaron con voluptuosidad sus plumas tornasoladas las torcaces arrulladoras de las anacreónticas. Mirtilo empezó a dejar de llorar los

desdenes de Filis, y Batilo se alejó lentamente, sin soplar flébiles gemidos en las cañas de su albogue. Poco a poco se extinguieron los cándidos erotismos *pseudoclásicos*.

Mas la tendencia española de versificar, halla en esta vez una derivación a propósito, y de ella se vale para seguir reflejando y expresando las impresiones de la existencia colonial: me refiero a las fábulas y a los epigramas. En la fábula y en el epigrama, como en redomas de vidrio quebradizo, depositaron los espíritus ansiosos de libertad el licor corrosivo de la rebelión. Sólo así pueden las ideas salir a la calle y comunicarse con la gente. Sólo así pueden pasar sin castigo bajo la mirada furiosa de la censura. La versificación es descuidada; el vocabulario pobre; pero la situación social de México está retratada en apólogos y epigramas. Después del *Pensador* muchos fueron los fabulistas mexicanos. Distinguieronse Mendizábal, Barriazábal, Lacunza.

Y, andando el tiempo, pudo notarse que si la poesía desmedrada y pulida enmudeció, fué porque ante el espectáculo de la guerra sufrió un instantáneo asombro que la vigorizó poco después e hizo que se le agolpara la sangre al corazón. Un viento heroico empezó a sacudir las liras.

Y una transformación de las expresiones ope-

rábase como por obra de hechicería. Los temblores sociales hacían alteraciones literarias, a las que de modo natural y fatal cedió de buen grado la lírica mexicana.

No que se apartase—no podía ser—del íntimo parentesco filial con la poesía española; no que rompiese los vínculos que la ataban al organismo literario castellano; no que, torciendo el rumbo, siguiese distinto sendero que el marcado por la evolución de las letras peninsulares, sino que para la exteriorización de los sentimientos recién experimentados, de las agitaciones espirituales, buscó fórmulas a propósito y las halló instintivamente en la imitación de los poetas hispanos más en boga entonces y que mejor reflejaban el momento histórico de la nación madre. Y así, encontró la ocasión propicia para que penetrasen en nuestro Parnaso americano tres grandes poetas: don Manuel José Quintana, don Nicasio Alvarez de Cienfuegos y don Juan Nicasio Gallego. Podría yo multiplicar los ejemplos, pero considero que estoy en un país de América que en aquella época sufrió sacudimientos sociales idénticos al de Nueva España y se sometió a adaptaciones literarias semejantes. Por lo mismo, tengo la esperanza de ser comprendido sin verme obligado a ejemplificar. Otros dos poetas, quizá los más notables de entonces, pudieran haber dentro del

somero examen de este período: don Manuel Sánchez de Tagle y don Francisco Ortega. Mas como su labor se prolongó hasta más tarde, me reservo a hacer mención de ellos en la conferencia siguiente.

El triunfo de la revolución constitucionalista en España, puso de nuevo en vigor la Ley magna promulgada en Cádiz en 1812, y derogada poco tiempo después en medio de la convulsión insurgente. Tal fenómeno político apresuró la realización de la Independencia. Sin ponerse de acuerdo, absolutistas y liberales coincidieron en creer llegada la hora de hacer viable y definitivo el pensamiento de la emancipación. El período de crisis social tocaba su fin. La literatura política se hizo más vehemente y enérgica, dentro de las nuevas modalidades adquiridas.

Un capítulo de trescientos años de historia española quedó cerrado el 27 de septiembre de 1821. Nueva España tomaba otro nombre, el nombre ancestral y nacional: México.

Por lo que toca a los hechos y aspectos puramente literarios de este lapso de veinte años, los primeros del siglo XIX, creo que todos ellos pueden reducirse a dos fórmulas:

1.^a La literatura mexicana desde 1800 a 1810, conservó su fisonomía netamente española, la de los siglos anteriores, con los caracteres de los pe-

ríodos de decadencia: *culteranismo*, *conceptismo*, *pseudoclasicismo*.

2.^a Las agitaciones sociales y políticas que desde 1810 a 1821 sufrió la colonia, alteraron las formas literarias, creando la literatura política, y dando entonación heroica a la poesía lírica, siempre con la indispensable y natural dependencia de los modelos españoles. En las ideas y en las expresiones, que se transformaron, se nota ya la influencia de la literatura francesa; pero esa influencia no es directa, sino que nos llega por medio de nuestro contacto con el alma española, que sufre en aquella época la sugestión y la fascinación del pensamiento francés. Nótese también una marcada tendencia a reproducir fielmente nuestro medio físico, moral y social, y a hacer entrar en la prosa, y aun en el verso, giros y modismos populares. Esta tendencia, iniciada de tiempo atrás, adquiere fuerza y desarrollo durante la guerra insurgente, y tiene por origen la necesidad de hablar al pueblo en su lengua y con su espíritu de cosas que necesariamente debía él comprender y saber, para animarlo a entrar como primer factor en la lucha por la libertad. De allí la aparición del escritor que personifica este impulso: *El Pensador Mexicano*.

Un paso falta nada más para llegar al *período romántico* en la poesía de mi país.